

Escribir en argentino: la lengua políglota de Lucio V. Mansilla

Inés de Mendonça
ILH-CONICET-UBA
inesdm@gmail.com

Este libro es esencialmente criollo: la razón es muy obvia, si se tiene en cuenta la tendencia del autor, que ha sostenido más de una vez que la América latina debe crear su literatura propia, así como ha fundado sus instituciones republicanas sobre los grandes modelos norteamericanos.

Para leerlo con provecho, hay que conocer (y no muy superficialmente) el medio en que se desarrollan los personajes que en él figuran, los modismos del autor, el paisaje en que encuadra las escenas que tan pintorescamente narra, y hasta los más ligeros repliegues del terreno en que los actores se mueven y agitan.

No diremos, seguramente, de él, lo que dice Emilio Zola de *La vie parisienne*, de Blavet: que persistirá al través del tiempo y del espacio, como una momia de Egipto, pero, sí, puede decirse de *Entre-Nos* lo que decía Voltaire del *Tratado de la Prosodia*, de D'Olivet: es éste un libro que durará tanto como la lengua en que está escrito. (Mansilla 1963:37)

Trinidad Sbarbi Osuna advierte a los lectores sobre la condición local y contingente de la escritura de Mansilla. En qué consiste esa lengua criolla que define, en *esencia*, al libro. Durará tanto como la lengua en que está escrito, dice. ¿Pero cuál es y cómo se construye esa lengua escrita? Este período de fines de 1880 al cambio de siglo, que ha sido caracterizado como de ampliación del público lector, coincide con una intensa modificación en los modos de la lengua hablada y escrita en Buenos Aires. Este cambio no se dará, evidentemente, como ocurrencia súbita pero las *causeries* atestiguan y protagonizan parte de ese proceso, aportando a la consolidación de una de las vertientes cultas de lo que los lingüistas acuerdan en llamar hoy “el español rioplatense”.¹

¹ Los textos literarios canónicos, explican Angela Di Tullio y Rolf Kailuweit (2011), son el punto de referencia en que los hablantes reconocen un saber colectivo sobre su lengua. Lo que intriga tanto a los lingüistas como a los estudiosos de la literatura es el hecho de que en muchos casos (entre ellos el rioplatense) en ciertos momentos históricos los textos literarios discrepan de la norma establecida y se alejan de giros y formas esperables para lo escrito.

Para Di Tullio y Kailuweit, en el habla cotidiana entre personas que utilizan la misma variedad, sus formas discursivas se producen más o menos inconscientemente. Otra cosa sucede cuando el escritor intenta “reproducir esa manera de hablar”. Esta tarea “reflexiona y enriquece con fines comunicativos complejos los elementos orales que incluye en su obra”. Por eso, afirman, en el caso rioplatense “no se trata solo de una

Mansilla relata, en una escena de la *causerie* “Baccará”, aquello a lo que su secretario se opondría hipotéticamente y que no querría escribir. La enumeración es rica para revisar qué es lo que está incorporando a nivel léxico en las *causeries*:

Pero como mi secretario me merece mucha consideración, aprecio y cariño, siendo hombre leído y escrito, que sabe casi tanto como yo, tengo que atenderlo, que contestarle y que satisfacerlo, o me expongo a que, como alguna otra vez, se me rebelde y me diga con énfasis autoritario: eso no lo escribo yo, no es castizo, no es gramatical, no es un americanismo, no es un neologismo, no es un modismo, es sencillamente (vean ustedes qué hombre mi secretario) un barbarismo; una cosa que no tiene pies ni cabeza. (Mansilla 1963:454)

A pesar de que juegue con la negación del secretario, su escritura efectivamente incorpora lo mencionado en la potencial queja: americanismos, argentinismos, formas populares y hasta algún neologismo, mezclado todo eso con palabras y frases en francés, italiano, portugués, latín, y, en alguna ocasión, gallego. Su llamado a las “formas americanas” de la escritura y de la conversación son constantes. Las aclaraciones: “en criollo”, “como decimos en América”, o “no como en España” acompañan palabras y expresiones.²

Claire Blanche Benveniste cita a Luis Fernando Lara (1997) para explicar “que la escritura desempeña un papel fundante en el proceso de estabilizar la lengua materna y para lograr su anclaje en la historia”, y acota que “gran parte de las filiaciones culturales debidas a la lengua provienen de la escritura” (2002:29). Para Mansilla, contar a su manera es decir en lo escrito la lengua que comparte con sus lectores:

Yo escribo, pues, para mi público argentino y me importa un bledo que los críticos del orbe entero encuentren que lo que voy diciendo es *plat*, como dicen los franceses –trivial, común, como se dice en la lengua que nosotros hablamos, lengua que yo escribo, como ustedes ven, de propósito deliberado a la americana. (“En Venecia”, Mansilla 1963:471)

ficción de oralidad sino de una concepción de lengua literaria basada en la oralidad cotidiana que rompe con las tradiciones normativas. Para la formación del habla culta rioplatense este proceso de mediatización, y especialmente de literarización, nos parece imprescindible”. (2011:12)

² Norma Carricaburo (2010) ha listado algunas de estos términos “a la americana” que sirven de ejemplo: *afilarse* (por disponerse), *agachada*, *aguaitar* (por esperar), *conchabo*, *chingarse*, *chocho* (por encantado, contento), *chuparse* (por embriagarse), *entrevero*, *flete*, *fumar* (por robar), *gatear* (por manosear a una mujer), *guarango*, *marchanta*, *parador*, (*hacer*) *pata ancha*, *pava* (recipiente metálico con pico), *petiso* (por animal de poca alzada), *pierna* (por jugador), *pilcha* y *pilchar* (por robar), *pisantes*, *pisaverde*, *pispear*, *punguista*, *quemao* (por chamizo, palabra de la cual en América se han derivado, sostiene Mansilla, *chamical* y *chamico*), *talentudo*, *tamangos*, *yapa*, *yerra*.

He aquí el movimiento del *causeur*: su lengua americana es, antes que nada, un modo de la charla. En su conformación pesa más el fraseo largo, lleno de parentéticas y aclaraciones, que la incorporación o no de ciertos términos acriollados. De hecho, como podemos ver, Mansilla apela al francés *plat* para explicar su desacuerdo, y rápidamente lo traduce “en la lengua que nosotros hablamos, que yo escribo”. Escribir como se habla implica reconocer esa lengua propia que no pretende ser representativa sino compartida con su audiencia, y manejar una sintaxis textual desacartronada, que utiliza todos los recursos que tiene a mano para producir en lo escrito la prosodia más caótica de la oralidad. La mayor virtud de esta habla, dice Borello, es mantenerse en ese delicado tono medio que era el de sus iguales, que sabían el significado de ciertos guiños y reían o se irritaban por las mismas razones (1974:104). Lo extranjero, lo campero, las frases hechas, la pregunta, la apelación directa, las largas parrafadas alternadas con oraciones breves, la profusión de puntos y la bajada de tono de las estructuras parentéticas (sean estas indicadas con comas, paréntesis, guiones o párrafos enteros de digresión) son algunas de las características de esta escritura variada y polifónica. Escribe Mansilla en la *causerie* “En chata”

sin duda porque no me adula o porque no es letrada, me ha observado que hay en todo lo que yo escribo un defecto capital. Muchos textos y citas, muchos cuentos y refranes. Y debe ser cierto. (Mansilla 1963:354)

Esa escritura medida e íntima, que comparte con el público de *Sud-América*, no le impide ocupar un papel más didáctico al traducir ciertas expresiones, o discutir la necesidad de un proceso colectivo de lengua y literatura nacional. La preocupación por la literatura propia aparece en la carta-prólogo que acompaña la edición del cuarto volumen de *Entre-Nos*, firmada por José Tarnassi. Toda la carta se dedica a explicar la relación entre historia y literatura y la necesidad de que haya en los pueblos, una “literatura nacional”.

En el análisis contextual que realiza la mirada extranjera del autor de la carta (es italiano) aparece, también, una nueva conformación poblacional que renueva la necesidad de establecer una literatura vernácula. Recordemos, por un momento, lo que ha sido dicho tantas veces: que el fomento de la inmigración y el proyecto educativo formaron parte de la estrategia modernizadora de la élite liberal y que, en menos de treinta años (de 1880 a 1910), las políticas públicas redujeron el analfabetismo a menos del cuatro por ciento (Prieto 2006). Tarnassi se está refiriendo a ese proceso de asimilación de las grandes masas inmigratorias a la cultura local.

Y este pueblo diverso se une y se aglomera en un mismo sentimiento indómito e inquieto, mirando el porvenir: y en este inmenso crisol –donde de la portentosa combinación de las gentes latinas debe nacer a la tierra una nueva raza de hombres fuertes– crece y se prepara una nueva civilización y una nueva cultura. (Mansilla 1963:421)

En este punto, el entusiasta observador externo no parece referirse de manera específica a la escritura de Mansilla, ni coincidir exactamente con la percepción que éste tiene respecto de la inmigración, pero expresa un clima de época en el que, todavía, la élite gubernamental podía asociar la idea de progreso al crecimiento e integración “de una nueva raza”. En el nuevo siglo –un año después de que el senado sancionara la ley de residencia–, Mansilla ya no tendrá una mirada positiva frente a “este inmenso crisol”. Lo que no llegó a incorporar su prosa fue la nueva mezcla que estaba generando el contacto con las lenguas inmigratorias, a la que respondió en su ancianidad con menos apertura y con una restringida mirada de clase. En sus *Memorias*, refiere, melancólico, a “aquellos viejos tiempos que se pierden” en función del progreso material, y se manifiesta preocupado frente a la mezcla lingüística que *putre* la lengua.³

La actitud de la élite letrada frente a las lenguas extranjeras presenta entonces una posición dual que discrimina entre un cosmopolitismo legítimo y un cosmopolitismo babélico (Sarlo 1997:275). No es lo mismo citar al Dante que pregonar los productos que se ofrecen por la calle en un altisonante italiano. La prevención hacia el avance de la inmigración se transformaría en muchos casos, hacia el novecientos, en un rechazo explícito y xenófobo frente al (ilegitimizado) poliglotismo rioplatense. Cuando el *causeur* se dirige a los jóvenes de su clase, “mucho más hombreritos de lo que parecen”, para quejarse de su falta de entusiasmo y su temprano escepticismo, asume que ellos mascullan

³ La melancolía de Mansilla se acerca al *lamento de Cané* (Terán 2008) y se hace más fuerte hacia el final de su vida. En 1907 escribirá *Un país sin ciudadanos* donde el yo es hablado por el miedo a la confusión y a la mezcla. En *Mis memorias* (escritas fragmentariamente durante su vida adulta pero sistematizadas y publicadas en París en 1904) esta conjura es más sutil, sin la fuerza que tiene en Cané, pero con insistente presencia a partir del armado (auto y biográfico): la patrimonialización de un territorio. Ya no se trata solamente del uso del pronombre personal en plural del *Entre-Nos*, sino de la justificación y exhibición del posesivo: nuestro barrio, nuestra ciudad, nuestro país. “Se transforma tanto nuestra tierra Argentina, que tanto cambia su fisonomía moral y su figura física, como el aspecto de sus vastas comarcas en todas direcciones. / El gaucho simbólico se va, el desierto se va, la aldea desaparece, la locomotora silba en vez de la carreta; en una palabra, nos cambian la lengua, que se pudre, como diría Bermúdez de Castro, el país” (Mansilla 1955:65).

La relación entre memoria, catastro y patrimonio en los recuerdos de Mansilla es el eje de la lectura realizada en un artículo anterior: “La memoria como inventario” (Mendonça 2014b).

su hastío, naturalmente, en francés: “Pero de veras que me entristece un poco verlos ya a ustedes murmurando con labio escéptico: *tout passe, tout casse, tout lasse*” (Mansilla 1693:574).⁴ Esos lectores jóvenes son lo que Beatriz Sarlo ha llamado “políglotas argentinos” o “buenos políglotas”, es decir argentinos que tienen el español del Río de la Plata como lengua materna y alternan cómodamente con otras lenguas europeas. Ese será su resguardo contra la confusión de las lenguas inmigratorias, seguridad nativa sobre la que construyen una heterogeneidad valorada (Sarlo 1997:239).

Cuando Sarlo analiza la relación de Victoria Ocampo con la lengua francesa apela a su naturalidad (de cuna) con el español como reaseguro para poder usufructuar esa “buena heterogeneidad” políglota. Como descendiente de la élite criolla, Ocampo expone una relación desprejuiciada con las lenguas europeas similar a la que exhibe Mansilla: “la biografía social e intelectual pone el marco dentro del cual se establece la legitimidad de una lengua” (Sarlo 1997:190). Este refinamiento en la alternancia idiomática se combina, en Mansilla, con la exhibición de saberes y decires camperos y de un español algo antiguo, herencia de su tradición familiar patricia. A diferencia de lo que cuenta Victoria Ocampo sobre su infancia, Mansilla piensa y escribe en español:

[...] no hay nación que yo ame más que la España ni lengua que me guste más que la española; porque es tan clara y tan precisa como la lengua inglesa, y tan armoniosa y tan bella como el mismo italiano. La primera vez que yo dije "te amo" fue en esta lengua. (Mansilla 1963:485)

Por eso, escribe Mansilla, la inclusión de términos extranjeros debe hacerse cuando no haya palabra nacional para definir la idea que se quiere expresar:

[...] si tenemos dos palabras *papel* y *rol*, y [...] si *rol* significa en francés lo que no significa en español, hacemos mal en dejarnos supeditar por los franceses, diciendo, para ser más claro: "ha representado su rol muy bien", en vez de su *papel*. (Mansilla 1963:480)

La forma de incorporación de las lenguas extranjeras no altera la estructura gramatical de la oración. Más bien, Mansilla tiende a la cita de locuciones (de otros autores

⁴ Estos *hombrecitos* podrían haber sido primos mayores de la niña Victoria Ocampo, que nacería ese año y que en 1931 confesaría, en *Sur*, que desde su infancia y durante muchos años no había podido evitar pensar íntimamente en francés. “Ella, que sería la gran organizadora de un sistema de traducciones durante las décadas siguientes, escribe en francés y hace traducir sus textos al español” (Sarlo 1997:281).

o del *saber oral*) y a las inclusiones lexicales o calcos⁵. Son abundantes los adjetivos en inglés y francés en medio de frases en español, así como las fórmulas de tratamiento, o de apertura y cierre del formato epistolar. Intentar un catálogo lexical sería tedioso e improductivo: las incrustaciones ocurren a cada paso aunque se mantienen, como decíamos, en un nivel superficial. El mismo Mansilla aclara, como parte de su polémica con Vicente Quesada y los puristas, que

La verdad es, y aquí entre nos podemos confesarlo, que a todos los que escribimos nos gusta ser puristas; si no por la selección de las palabras, incuestionablemente por la selección gramatical, y que si no damos en bola no es por falta de ganas [...]. (Mansilla 1963:485)

El cambio prosódico y la mezcla visual-sonora que produce la inserción de frases y palabras extranjeras distinguen al charlista, políglota y ecléctico, mientras actúan como formas de evitar la monotonía y el aburrimiento. Como suele suceder en las *causeries*, la voz que narra deglute todo elemento discursivo, procesándolo en una intrincada trama intertextual. Tomo un caso al azar de una cita de Voltaire en la *causerie* “¿Por qué?”: “todos los géneros son buenos excepto el género tedioso” (1963:52)⁶. Se cita en francés y no incluye ninguna aclaración, posibilitando tanto la identificación como el rechazo del público lector. Quienes compartan la competencia lingüística y cultural con él podrán decodificar (asignar la referencia y traducir) el significado total de la frase.⁷ Podríamos pensar en aquello que Silvia Molloy señala sobre la situación periférica de la que parten los escritores hispanoamericanos en el siglo XIX y que denomina “saqueo al archivo europeo”, es decir, no una “forma servil de *imitatio*, sino referencia a una combinación, a menudo

⁵ Paula Bellot de Velázquez (1986) analiza, entre otros casos, el uso de palabra *espíritu* o la expresión *tener espíritu*, en su significado de ingenio o agudeza, como *calco* de la palabra francesa *esprit* y, metafóricamente, como una definición del tono general de las *causeries*. Algunos ejemplos que selecciona son: “Era bella [sobre madre], tenía espíritu” (1963:42); la tentación de ser espirituales (1963:59); La gente más espiritual se embriaga con su propia charla (1963:629). Y para la aparición de la palabra francesa: “es valor entendido que humor no es para nosotros ni la farsa grosera, ni la caricatura, ni el *esprit* superficial, ni la amarga ironía” (1963:576–77); “llevándose los honores del *esprit* mi colega Luro” (p. 552). Para cotejar otros calcos, sobre todo en frases o fragmentos de frases, ver el estudio citado.

⁶ “Y si es cierto lo que dice el crítico francés que *tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux*, es necesario que me apresure, que entre de rondón en la segunda parte, trasportándolo de improviso al lector [...]” (“¿Por qué?”, Mansilla 1963:52)

⁷ La asumida impostura políglota del *causeur* no evita que su modo de citar incurra en lo que el mismo Mansilla atribuye a Sarmiento: ser un adivino de epígrafes. La cita en cuestión parece haber sido incorporada a una vulgata que reproduce de un modo general y aforístico fragmentos de lo escrito. Hoy forma parte de algunos diccionarios de frases proverbiales, sin asignación de autoría. Voltaire utiliza esa expresión dos veces: una en carta a Horace Walpole el 15 de julio 1768 y otra en el prefacio a *El hijo pródigo*.

incongruente, de textos posibles que sirven al escritor de impulso literario y le permiten proyectarse al vacío de la escritura, aun cuando esa escritura concierne directamente al yo”. (Molloy 1996:27). El método mansillesco de incorporación de frases trasunta un modo de leer y de acumular conocimiento que procede por acopio, superposición y hasta plagio; y que abunda en las formas fijas de la lengua (o de varias lenguas): proverbios, frases hechas, citas consagradas, refranes populares.⁸

Lee y selecciona, elige frases que apunta en su vademécum de citas (otra forma del diario) y organiza su exposición formal a partir de lo hecho para conseguir la articulación de lo nuevo. Los apuntes y las notas se retoman en la escritura de las *causeries*, en ocasiones sin demasiado procesamiento –como en “Apuntes de mi cartera de viaje”–, y en la reescritura continua de sus recuerdos. Su vida de lector va dejando huella en esas recopilaciones que luego saldrán a relucir en el momento que sea necesario en la charla escrita.⁹

El gusto por la inclusión de citas o máximas no implica un deseo de brevedad, sino un modo de producir la expansión digresiva. Coinciden, en las *causeries*, la importancia de la frase compleja con el uso del tono axiomático. La esencia criolla de las *causeries* es la combinación suntuosa y, por momentos nostálgica, de elementos heterogéneos.

¡Cuán cierto es, lo que dicen en España!: “no hay mal que dure cien años”, ni... corazón que lo aguante –o, como dicen nuestros paisanos: “no hay huasca que no se ablande, ni tiento que no se corte”, refrán que a mí me gusta más que el de nuestros abuelos.

Al fin y al cabo si ustedes le meten pluma, yo no soy, como habría dicho Rivadavia, más que: “un gaucho con camisa almidonada”. Un producto híbrido de nuestra cultura que, por lo visto, se va en puro vicio... de palabras. (Mansilla, “Mi biblioteca en venta”, 1966:93).

⁸ Un caso todavía más extremo de escritura polifónica a partir del uso de frases hechas, lugares comunes y refranes es el que realiza Cambaceres en *Potpourri*. Schwartzman ha analizado la escritura heterogénea de la novela proponiendo que la acumulación exagerada de proverbios y decires lleva a un “estado de implosión lingüística” (Schwartzman 2014:130). Indica, siguiendo el análisis realizado por Marta Cisneros (2000), que el texto utiliza casi mil trescientas estructuras fijas de la lengua.

⁹ Una forma extrema de esa acción extractiva, que sintetiza los textos leídos en fórmulas sentenciosas, es la que Mansilla ejerce sobre sus propias *causeries* en la escritura del índice analítico. Schwartzman ha insistido, en sus clases de Literatura Argentina, que la lectura continuada de esas escuetas remisiones reorganiza un texto nuevo con una lógica independiente y microscópica de lo que sucede en la expansión conversada de las *causeries*. Este índice personalísimo subraya detalles y despliega un recorrido interpretativo del *Entre-Nos* que pone en el centro, otra vez, al causeur. La entrada más copiosa de este inventario es, como era de esperarse, “Mansilla, Lucio Victorio”.

Así como sus anécdotas recuerdan la vida en Paraguay y sus viajes por Asia y Europa, los cuentos de los enganchados al ejército argentino, los poemas de la élite porteña y las traducciones del último libro que ha podido leer; la lengua argentina que efectivamente usa el *causeur* tiene de criollo tanto los modismos argentinos como los proverbios franceses, las palabras en guaraní y araucano como las citas de Shakespeare en inglés. Los distintos modos de la apropiación de lenguas y culturas contribuyen a la exhibición espectacular del *yo* y su identidad mixturada.

Bibliografía mencionada

- BLANCHE-BENVENISTE, Claire (2002) “La escritura, irreductible a un ‘código’”, en Emilia Ferreiro (compiladora), *Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura*, Barcelona: Gedisa.
- BORELLO, Rodolfo (1974), *Habla y literatura en Argentina (Sarmiento, Hernández, Mansilla, Cambaceres, Fray Mocho, Borges, Marechal, Cortazar)*, Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras.
- CARRICABURO, Norma (2000), “Mansilla y la construcción de la oralidad”, Buenos Aires: Boletín de la Academia Argentina de Letras, Vol. 65, Nº 255-256, pp. 57-80.
- CISNEROS, Marta (2000), *Según decimos en criollo... (Un pot-pourri de Eugenio Cambaceres)*, Río Cuarto: Fundación Universidad Nacional de Río Cuarto
- DI TULLIO, Angela y Rolf KAILUWEIT (eds.) (2011), *El español rioplatense: lengua, literaturas, expresiones culturales*, Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert.
- MANSILLA, Lucio V. (1955), *Mis memorias (infancia-adolescencia)*, estudio preliminar Juan Carlos GHIANO, Buenos Aires: Hachette.
- MANSILLA, Lucio V. (1963), *Entre-Nos. Causeries del jueves*, selección y estudio preliminar Juan Carlos GHIANO, Buenos Aires: Hachette.
- MANSILLA, Lucio V. (1966), *Charlas inéditas*, selección, presentación, notas y cronología por Raúl KRUCHOWSKI, Buenos Aires: Eudeba.
- MOLLOY, Silvia (1996) *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México: Fondo de Cultura Económica
- PRIETO, Adolfo (2006), *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- SARLO, Beatriz (1997), “Oralidad y lenguas extranjeras. El conflicto de la literatura argentina durante el primer tercio del siglo XX”, en Carlos ALTAMIRANO y Beatriz SARLO, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires: CEAL.

VELAZQUEZ, Paula Bellot (1986) "Influencia de la cultura y la lengua francesas en Entre-Nos de Lucio Mansilla," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 24, Otoño-Primavera. Disponible en: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss24/15>

SCHVARTZMAN , Julio (2014) “La música colosal del mundo: entre el nihilismo y la higiene de estado”, *Orbis Tertius*, vol. XIX, n° 20, pp123-133. <http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/>